

Matilda

Mara Granada



Image not found.

# Capítulo 1

Matilda era una niña regordeta de rulos, nariz respingada y ojos pequeños de color castaño, con 8 años ya habitando este planeta era de carácter pacífico, a excepción de su mente que ya había comenzado a hacerse muchas preguntas sobre temas que la inquietaban: ¿Qué es la libertad? ¿Tiene acaso algún tipo de límites? ¿Y si tiene límites por qué se llama libertad?

Un día su papá compró una jaula vieja en un remate, era una jaula de hierro trabajado con dibujos espiralados, que colgaba de un pie muy elegante con similares figuras haciendo juego, estaba algo corroída por el paso del tiempo, días más tarde fue pintada de color blanco.

Manuel, su papá, la ubicó en un rincón del patio, quedaba hermosa, resplandeciente, enfrentada al limonero y rodeada de flores y plantas que le hacían compañía.

Pasaron los días y Matilda miraba con cierta expectativa esa imagen haciéndose a la idea que pronto tendría un nuevo amigo que viviría en una casita a estrenar, ya se imaginaba pasando las tardes escuchando sus cantos, dándole de comer, hablándole de sus aventuras y... de pronto sintió los pasos de Manuel a su espalda que hacía un buen rato la observaba, se paró junto ella y le tomó la mano, como adivinando sus pensamientos, ambos contemplaron la escena en silencio durante unos minutos, hasta que Matilda interrumpió con su ya sabia pregunta.

- ¿vas a traer a algún pajarito para que viva allí?

Su papá le respondió sin rodeos.

- las jaulas solo deberían servir como adornos, no son hogares para los pájaros, ellos nacieron para ser libres y así debe ser, así es como lo quiero.

Matilda bajó la mirada como escondiendo la desilusión, sin embargo no dijo nada, en su mente se diluyeron las fantasías de un amigo nuevo, pero pensó una y otra vez en eso que había dicho su papá y recordó cómo se sentía cuando ella era enviada a la habitación como penitencia por desobedecer, donde esas horas o minutos parecían convertidas a un tiempo infinito.

Era evidente que las palabras de su padre habían causado cierto impacto.

Un par de años más tarde, un vecino que vivía a media cuadra de su casa compró una pajarera enorme, de a poco la fue llenando de diferentes especies: jilgueros, corbatitas, cabezitas negras. Matilda que pasaba

varias veces por ahí mientras paseaba en bicicleta no dejaba de mirarlos con cierta curiosidad y quizás un poco de indignación.

Una tarde de verano a la hora de la siesta, Matilda se aventuró, como a todo niño no le gustaba dormir por las tardes, eran horas de juego perdido, aprovechó que la calle estaba tranquila, desolada. En aquellos tiempos con los vecinos de más confianza se tenía acceso a la casa, era común visitarse sin golpear la puerta o tocar timbre y a la voz de "permiso!" ya se estaba ingresando en una casa, porque las puertas estaban sin llave, no había rejas ni cercas ni alarmas. No éramos prisioneros decentes como ahora.

Así que Matilda, muy sigilosamente abrió la puerta del garaje, donde se encontraba la pajarera y se plantó frente a ella, los observó con cuidado por un minuto, se sonrió pícaramente y abrió la puertita, los pajaritos como si supieran de esa posibilidad que les estaba regalando volaron torpes y alborotados dentro de esa prisión. Al cabo de unos segundos como resultado dos pájaros se fueron de vacaciones para siempre y no dejaron dicho dónde.

Un ruido obligó a Matilda a cerrar la puerta de la jaula y salió corriendo directo a su casa, con el corazón latiendo tan ligero como las alas de esos pajaritos que volvían a encontrarse con su hábitat.

Se sentó en el piso del living recostándose contra la pared y se sintió feliz. Cerró los ojos y recordó las palabras de su papá.

Hasta el día de hoy, 10 años después su vecino sigue preguntándose cómo hicieron esos dos pájaros para fugarse, cada vez que sale la anécdota a la luz. Afortunadamente esa pajarera ya es historia.

Y Matilda sigue sintiendo que una de sus mayores ambiciones es preservar la libertad y sabe que esta no puede ser coartada en nuestros pensamientos e imaginación dónde los límites no existen, dónde la libertad vive en su estado más puro.